

Arte y religión



MIRADAS AL PATRIMONIO San Bernardo de Claraval, cuya fiesta se celebra el próximo martes, fue el artífice de la expansión del Císter y su idea de austeridad. Los dos primeros monasterios masculino y femenino de la península se establecieron en Navarra: Fitero y Tulebras

Evocando a San Bernardo en Navarra: imágenes y arquitectura del Císter

Ricardo Fernández Gracia

El Císter tiene sus orígenes en el monje Roberto que, con varios seguidores a fines del siglo XI, se retiró a Cîteaux, lugar apartado en Borgoña, para poner en práctica los ideales de la

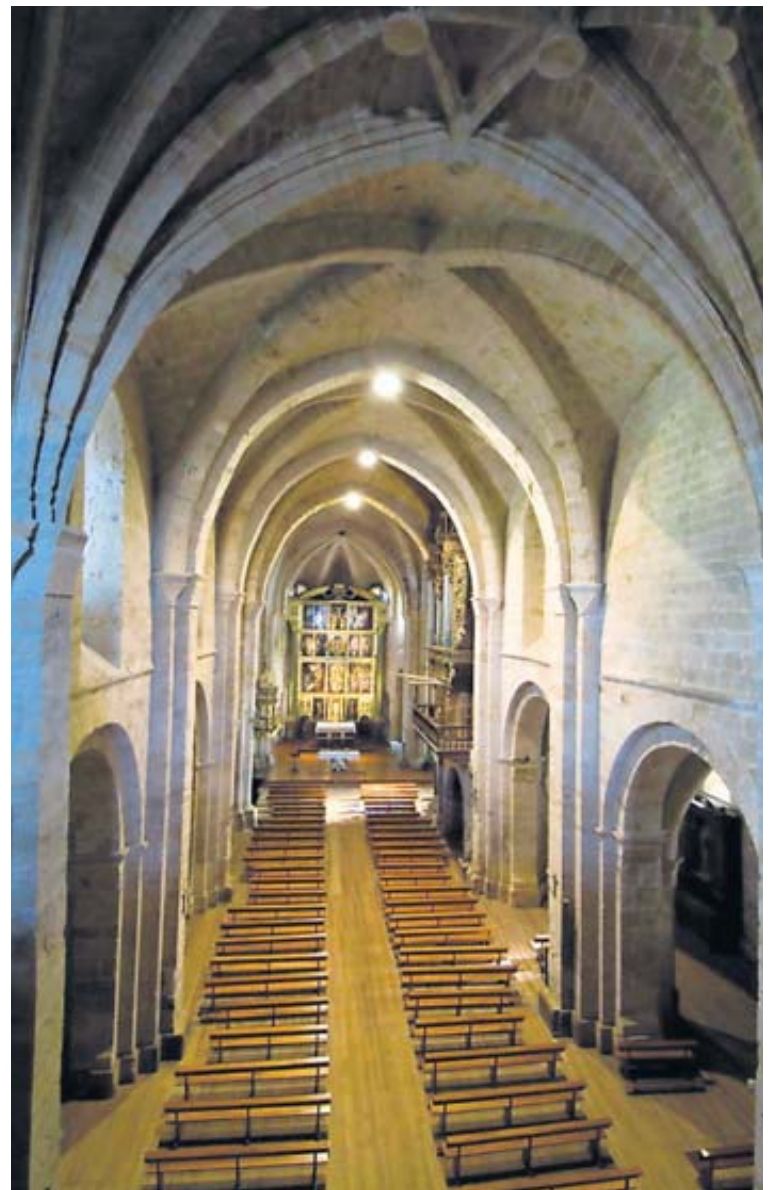
regla benedictina. Su fama atrajo a Esteban Harding, que se encargó de resumir el ideario de aquellos monjes reformadores, inquietos y ansiosos de participar en una empresa auténticamente espiritual. El verdadero impulso se desarrolló a partir de 1112, tras la llegada de Bernardo de Claraval (1190-1153) junto a varios nobles borgoñones y con la aproba-

ción pontificia de la Carta Caritatis, en 1119. San Bernardo, provisto de gran formación intelectual y dotado de enorme atractivo personal y gran poder de convicción, supo atraerse a muchos jóvenes de su época.

Con él se inició una rápida expansión del Císter, con unos ideales de austeridad y prohibición de todo tipo de lujo en vivienda, ves-



San Bernardo con la Virgen en un lienzo del monasterio de Tulebras, último tercio del s. XVII



Nave mayor de la iglesia abacial de Fitero, consagrada en 1247.

tido y alimentación. A la vez, recomendaba la alabanza a Dios, a través de la lectio divina y el trabajo, evitando la ociosidad y, por ende, las tentaciones de las que afirmaba: "la carne tiente con dulzuras, el mundo con vanidades, el demonio con amarguras". San Bernardo desarrolló ampliamente en sus escritos los ideales de trabajo, pobreza, conocimiento y seguimiento de Cristo y amor a la Virgen.

En 1133 ya figuraban 69 fundaciones. Veinte años después, a la muerte del santo en 1153, el número de monasterios se elevaba a 343. Al finalizar la Edad Media, los cenobios masculinos eran 742 y los de monjas pasaban de setecientos. Las nuevas comunidades mantenían una estrecha relación de dependencia con su casa madre y los Capítulos Generales veían para que no existieran excepciones que rompieran la uniformidad del orden.

Navarra cuenta con las dos primeras fundaciones cistercienses en la Península Ibérica: Fitero para los monjes (1140) y Tulebras para las monjas (1147). Junto a las abadías de La Oliva, Iranzu, Marcilla y Leire, que pasó a depender del Císter en 1269, conforman un especial legado de historia, arte, cultura y espiritualidad. Las comunidades femeninas de Nuestra Señora la Blanca de Marcilla y de Nuestra Señora de Salas en Estella desaparecieron a comienzos del siglo XV, las abadías masculinas se extinguieron con la Desamortización de Mendizábal y en pleno siglo XX, se restauró la vida conventual en La Oliva (1927) y se fundó un monasterio femenino en Alloz.

La imagen de San Bernardo en el arte navarro

El atractivo personal de San Bernardo, su relación con el culto mariano, sus escritos de gran sentido común y vitalidad, hicieron que sus representaciones se difundiesen, promovidas por prohombres e instituciones. Sus monjes y monjas, su temprana canonización en 1174, la celebración de su fiesta el 20 de agosto y sus numerosos devotos hicieron multiplicar el interés por su figura, en un proceso que llevaría a su proclamación como doctor de la Iglesia en 1830.

Navarra no fue ninguna excepción en la recepción de sus imágenes. Su figura estuvo presente de modo singular en las abadías cistercienses y sus áreas de influencia. No deja de ser significativo que, en sus monasterios, para los que él mismo había proscrito las imágenes, se poblasen durante la Edad Moderna de sus representaciones y escenas destacadas de su vida.

Su tipo iconográfico como figura aislada es muy repetitivo. Ataviado con la amplia cogulla blanca, se acompaña del báculo abacial, el libro en referencia a sus numerosos escritos y las mitras a sus pies, en alusión a los obispos que no quiso aceptar. Sus monasterios y los de los benedictinos cuentan con excelentes tallas, como las de su colateral en el monasterio de Fitero (1614), o del retablo mayor del monasterio de Irache, hoy en Dicastillo, contratado en 1617 por Juan Imberto III. Otras esculturas encontramos en Corella, Tafalla, Roncal, Sesma, Tafalla, Uztegui y Cascante. Entre las versiones pictóricas hay que destacar la tabla del ático del reta-